Portadellas-2361.indd 1 14/05/12 17:32

Portadellas-2361.indd 2 14/05/12 17:32

Ratas en el jardín

1985

A*

Portadellas-2361.indd 3 14/05/12 17:32

Portadellas-2361.indd 4 14/05/12 17:32

Valentí Puig

Ratas en el jardín

1985

Libros del Asteroide

Portadellas-2361.indd 5 14/05/12 17:32

Primera edición, 2012
Título original: *Rates al jardí*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización
escrita de los titulares del *copyright*, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluidos la reprografía y
el tratamiento informático, y la distribución de
ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Valentí Puig, 2011

Fotografía de cubierta: © Emotive Images/Age Fotostock
Fotografía del autor: © Montse Garriga
© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-92663-63-7
Depósito legal: B. 16.722-2012
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

La traducción de esta obra ha sido subvencionada por el Institut Ramon Llull.

institut ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado,
neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques
correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido
compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

FSC

Portadellas-2361.indd 6 14/05/12 17:32

Nota

Después de *Bosc endins* (1982) —notas del año 1970 al año 1979—, *Matèria obscura* (1991) iba de 1980 a 1984. El año 2002, *Porta incògnita* fue una reedición conjunta de aquellos dietarios 1970-1984. *Rates al jardí* es todo del año 1985, doce meses de estrategias en el vacío, de horizontes equívocos que la rara energía de la literatura ordena como puede, como una rama de mimosa que hace de puente entre el desamor y el amor.

V. P.

001M-2361.indd 7 16/05/12 14:32

001M-2361.indd 8 16/05/12 14:32

Comer solo en un restaurante junto a la carretera de Inca. Muchas comidas familiares, como si celebraran Fin de Año con un día de retraso. A mi lado, una familia de Palma con niños pequeños que van y vienen por el comedor llorando y peleándose. En medio, una gran chimenea con parrilla para asar la carne. Cuando los niños se acercan al fuego, una mujer se levanta y los llama al orden. Los niños dicen: «¡Abuela, abuela!». La mujer, ufana, vuelve a la mesa con una fila de nietos detrás. Entonces la reconozco. Era una de las fijaciones eróticas de una época de mi adolescencia, en la calle Rubí de Palma. Ahora abuela; años atrás —veinte quizás— iba y venía por la calle, sin nietos. Jamás me miró a la cara ni supo de mi existencia. Llevaba el pelo cortado *à la garçon*, caminaba con diligencia, movía el cuello como un ave larga y esbelta. Tenía un culo pequeño, estrecho y consistente. Nunca la vi con su marido. Sus amigas eran un poco como ella, pero a mí solo me atraía aquel cuello de pelusa de melocotón, los párpados oscu-

001M-2361.indd 9 16/05/12 14:32

ros, aquel paso inflexible, un punto exótico, que la hacían única para un adolescente que, veinte años después, reconocía a la abuela con grandes bolsas bajo los ojos, un michelín de carne sobrepasando la cintura de los pantalones; la clueca de la tribu que recoge a los niños cuando se acercan demasiado al peligro. Veinte años antes, cada vértebra, cada palmo de aquel cuerpo había sobrevivido a los estragos de mi imaginación púber, al maquinalismo de la soledad sexual y a la podredumbre triste de los amores imposibles.

Cómo le cuesta morir al adolescente que siempre seremos, tan difícil se le hace a la madurez transitar de cada fin de año a una nueva rutina, un orden, la fortaleza. Cuando acaba el año, por una inexorable ley, debemos meter los brazos hasta los codos en el cieno de la vida indigna, sediciosa, epilogal. Después rehacemos el camino hasta que podemos volver a decir: «Qué ocaso tan feliz» o «No todas las circunstancias nos derrotan». El tiempo empieza de nuevo, intercambiamos prisioneros con la vida.

Cada época de la vida tiene un perfume, un mal propio, unido a sus miedos y asimetrías. De los años cincuenta, olor a tiza de escuela, mal del primer amor no correspondido; de los sesenta, perfume de puta a cien y la cama, el mal de la revolución sin sentido; de los años setenta, primer hálito corrupto del mundo exterior, mal de escribir; inicios de los ochenta, paladar de vino blanco, pecados de orgullo intelectual.

Reconstruir lealtades, con los padres muertos, con la fe.

Las juergas de Fin de Año, pasada la aglomeración de la culpa, se convierten en un anecdotario algo repetitivo: excesos, copas, fiestas con sorpresa, obligaciones familiares que aceptamos entre dos grandes resacas. De repente, descubrimos que alguien, habitualmente pacífico, es un fanático de la catástrofe, y otro que llevaba una vida matemática se muestra como un puro sentimental.

Semiburgués de isla sin burguesía en la medida que tiene buen sentido del confort, pero definitivamente nuevo rico. Es de esos hombres que aciertan con las corbatas, pero no sabes si se las eligió un sastre. El contacto lo hace el notario L. Quiere ser coleccionista de pintura, una manera de tener gente cenando en casa. Dice «pobema» y le parece demasiado antigua —«muerta»— la pintura «impersionista». Listísimo. Sabe el nombre de dos pintores actuales, jóvenes, informalistas y salvajes. Habla de comprar un X, del precio de un Y. Es que los cuadros basta con colgarlos y los libros se tienen que leer. Pero el personaje da para mucho más. «No me malinterpretéis. Sois... tú notario... tú periodista... pues eso... economía de servicios. Yo solo creo en la economía industrial. El resto es morralla, quiero decir.» Por lo que sabemos, es propietario y director de una red clandestina de talleres de zapatos y ha tenido éxito comercial con un modelo de botas tejanas a buen precio. A lo mejor es ya un magnate postindustrial. ¿Por qué razón un genio de la economía sumergida debería respetar a un notario? «El "pobema" es que estamos haciendo el tonto. Mallorca debería llegar a un acuerdo con Madrid. Defensa y cuatro cosas más. Todos los símbolos que queráis. Para el resto, leyes propias, sistema

001M-2361.indd 11 16/05/12 14:32

fiscal propio, todo particular.» Hace un gesto amplio, como de conquistador. «Sin Estado siempre nos ha ido bien.» Sí, antes vivíamos en la autarquía rural y ahora conviene el autismo fiscal. He aquí a un milhombres muy representativo. Un industrial postindustrial. Sería injusto con los contrabandistas buscarle el precedente del contrabando. De regreso, el notario L. dice: «Vaya, ¡qué "impersionista"!». Entre otras cosas, lo que pasa es que L. ha ido reuniendo una colección magnífica de pintura paisajística mallorquina.

A todos los efectos, conviene más que nunca dejar de hacer el ridículo.

De buena mañana, iniciado ya el nuevo año, ante la máquina de escribir, la Brother 9300. Antes, el despunte del día con la pequeña felicidad de una buena deposición intestinal, un acto de conciencia corporal, la predisposición de enfrentarse al nuevo día, olvido de la ganga del ayer, la resurrección de los muertos, la vida soportable, amén.

Gigantes de barra de bar. Si te sientas al fondo, en días de bullicio, puedes observar la hilera de personajes apoyados a la barra, de espaldas a los que entran. De repente, con un movimiento muy rápido, una pierna sale entre las demás y le hace la zancadilla a alguien que pasa. El afectado tropieza, incluso podría partirse una ceja si se diera de bruces con una mesa. Generalmente recupera el equilibrio, mira hacia atrás y no ve nada. Son circunstancias que provocan gran desconfianza hacia el resto, son cosas que te dejan con cara de bobo

001M-2361.indd 12 16/05/12 14:32

en un mundo de hostilidad insospechada. Miradlos, mirad a los gigantes de la barra. Ni se han inmutado. Quienquiera que fuese ha recogido la pierna y la ha colocado en el reposapiés, entre colillas y arrugadas servilletas de papel. ¡Menuda selva de bar! ¿Y por qué? ¿Qué tipo de satisfacción, si no es la maldad raquítica y pura, puede inspirar al gigante de la barra? Si te sientas al fondo del bar, tal vez puedas identificar a alguno. Suelen apoyarse en la barra y, justo después de hacer la zancadilla, levantan ligeramente los hombros, como el atleta que saca pecho.

Barcelona. Entrego al editor de Quaderns Crema un libro de poemas, *L'estiu madur*. Nieva. Voy a un programa de radio, RNE, y cuando salgo, de madrugada, camino por la nieve hasta el hotel. Una Barcelona de sorpresas infantiles, suspendida en un instante ahistórico, igual que el tópico del pisapapeles con nieve.

La ventaja de no haber sido sartriano es contrastable, si bien no conviene regodearse. Profesor de liceo, acompañaba a sus alumnos a las casas de putas. Nunca se hizo responsable de todas esas irresponsabilidades, de haber engañado y de una estafa histórica tan grande. Su vida privada rebosa de malignidad. Su literatura delata la grafomanía sostenida por todo tipo de drogas hasta lo ininteligible. Su prosa llega a la atrofia conceptual, el sofisma permanente. Filósofo profesional acientífico justo cuando el pensamiento no existe ya sin ciencia. Quiere volver a la revolución cuando en realidad le toca jubilarse. En todo momento, mentor de terroristas.

001M-2361.indd 13 16/05/12 14:32

Bar Niza de Palma. Conversación con un viejo conocido, de esos que no sabes si son realmente amigos. Tiene tantos libros por escribir, tantas obras maestras en la cabeza —y todavía no ha escrito una sola línea—, que puede menospreciar todos aquellos libros que escriban los demás, incluso los grandes maestros. Te escucha con una conmiseración infinita: entonces te enoja todavía más no saber callar, cederle todo el terreno a fin de que pueda expandir su futura obra completa. El mundo temblará cuando él empiece a escribir, ya lo tiene todo en la cabeza, solo necesitaría eso, encerrarse en casa, ponerse a trabajar, escribir. Verdaderamente, la literatura puede ser una enfermedad.

Es una sombra bizantina de nuestro tiempo el hecho de que a menudo sea necesaria la guerra para defender la vida. La vida contra el mundo, contra la idea de hacer el bien poniéndole límites a la vida.

Un almuerzo cara a cara. Nunca nos hemos entendido. En la ciudad donde lo sabemos todo de todos, alguna vez hemos hablado mal el uno del otro. No sé cómo hacerle ver que no soy su competidor, que me interesan otras cosas. Él está tan convencido de que competimos profesionalmente que esta vez opta por los agasajos de baja intensidad, método básico de manipulación. Y yo, como no me fío, respondo igual, de manera que nos hemos pasado la comida esparciendo incienso. Tiene una inteligencia histérica, un poco presumida. Nos despedimos absolutamente convencidos de que ambos somos malas personas.

001M-2361.indd 14 16/05/12 14:32

La culpa por no haber querido lo suficiente a mi madre aparece de vez en cuando como un pólipo maligno del alma. No le supe agradecer bastante la vida, ni tanta bondad que en ocasiones confundí injustamente con un exceso de ingenuidad. Ella nació para hacer el bien, y aunque la esencia de su bondad era natural, era a la vez la educación acertada que había recibido, y puede que por eso de adolescente yo no supiera aceptar aquella pura y amorosa conformidad con la vida. Ella no cuestionaba nada. Estaba en el mundo para dar, para hacer el bien. Yo no lo entendí hasta que la vi camino de la muerte, en la clínica. Son voces que el adiós a la infancia y el paso de los años no consiguen acallar: «¡Estamos aquí, estamos aquí!», dicen, y son el panadero, la carbonera, el conductor de tranvías, el quiosquero, el mecánico de bicicletas, el basurero, el albañil de la casa de enfrente, el niño enfermo del tercer piso. Me irritaba que mi madre hablara siempre de las mismas nimiedades: eran sus cosas y las de todo el mundo. Quien creía obligado y superior hablar de cosas raras era yo. Un prejuicio precoz de intelectual, en el peor de los sentidos. Mi padre tuvo siempre la ilusión de comer bien. Le gustaba hablar de la comida y a la vez no podía permitirse los hábitos del gourmet. Cocina casera, la cocina de la tierra, la cocina del momento: la cocina del calendario litúrgico. Decidir cada año dónde compraríamos la garrafa de vino o cuál era el mejor aceite implicaba afables consultas a los amigos, dilectas deliberaciones. El pan, que si la panadería de aquí era mejor que la de allá, etc. En verano le gustaba complicar las cosas y convencer a vecinos y amigos para compartir un camión de melones de Vilafranca. Y mi madre siempre inten-

taba satisfacerle. El pequeño lujo de comer las primeras habas, de tener en la mesa las primeras cerezas, de hacer *crespells* y *rubiols* en Semana Santa. Cocinaba bien, y cuando teníamos servicio procuraba que fueran buenas cocineras. Controlaba la cocina, siempre atenta a que mi padre estuviera satisfecho cuando nos comíamos unos salmonetes fritos, unas sopas mallorquinas, el guisado de carne, escudella fresca, *pancuit*, grasera de huevos, cocas de *trempó*, *tumbet*, cebollas rellenas, tordos con col, guisado de albóndigas, una tortilla de espárragos, el hinojo marino con vinagre, las aceitunas *trencades*, los rabanitos. Aunque lo hiciera quejándome, me gustaba acompañarla al Mercat de l'Olivar y me quedaba ensimismado con las pescaderas que les quitaban las escamas y pregonaban que estaba bien fresco —«*Peix que bota, reineta meva!*»— la mercancía cada día esparcida con el orden de un museo vivo sobre la sal y el hielo que se fundía e iba a parar a los pequeños canales del mercado hasta que, en uno de sus extremos, hombres con botas de agua amontonaban los restos de una pequeña ciudad que al mediodía se quedaba inmóvil hasta primera hora del día siguiente. El carnicero afilando los cuchillos y las pirámides de hortalizas y fruta tenían un toque de realidad tan llamativa que forzosamente también debía de ser un mundo de pasiones y colisiones humanas. A la hora de comer, si mi padre consideraba que el melón era un rábano, mi madre decía: «Ya se lo haré saber mañana. Me ha dicho: "*Reina meva, està a punt*". Y me ha vendido esto, un... rábano. Se lo diré mañana». Incapaz de entender cosas tan elementales cuando me creía capaz de entender cuestiones complejas, yo lo veía todo como una costumbre, una sumisión.

001M-2361.indd 16 16/05/12 14:32

Mi padre muere. Al día siguiente, cuando a mediodía se van las últimas visitas, le pregunto a mi madre qué hay para comer. Responde que es mejor que vayamos a una de las fondas de la plaza Mayor. Y desde entonces se acabó el cocinar. Rápidamente me di cuenta de que era un hecho irreversible y aquí es donde empieza mi asiduidad —también feliz— a los restaurantes. Ella había cocinado sin ningún interés personal, solo para satisfacer a mi padre, porque le quería, porque él trabajaba para proveer de todo lo que necesitaran el hogar y la familia. De un día para el otro, dejó la cocina. En parte estaba ese punto de revivir de muchas viudas, pero sobre todo la desconexión de un quehacer que había cumplido plenamente y sin reticencias por amor y por deber. No era una revuelta. Simplemente, muerto mi padre, ya no tenía para quién cocinar. No valía la pena. Formaba parte de un antiguo pacto que podía deshacerse sin mirar atrás. Desde entonces pasaba las tardes jugando a las cartas —jugaban al *siset*— en una asociación de amas de casa, y otras veces se iba con las amigas de siempre, de cuando estaban internas en el colegio de monjas francesas, en el Miami del paseo del Born. Digamos que se tomó unas vacaciones por viudedad. No de bondad, todo sea dicho. Murió sin queja alguna. Poco a poco he entendido que se daba cuenta de todo y recuerdo que hacía comentarios muy perspicaces sobre las personas. Tenía una mirada costumbrista de clase media que la volvía drástica con las ostentaciones de los nuevos ricos, confundir las joyas con el exceso. A diferencia de mi padre, que era muy mallorquinista, ella instintivamente no creía que el mallorquín pudiera ser una lengua culta, pero tampoco le gustaba que las fami-

001M-2361.indd 17 16/05/12 14:32

lias de Palma, para parecer más finas, hablasen en castellano a sus hijos. También era un puro espécimen urbano, de Palma, que no quería entender la payesía porque era como ir a las antípodas. Le debo toda una vida, y es que no somos animales solitarios que puedan crecer y luchar ya de pequeños en medio de la selva, porque nada seríamos sin la pauta familiar, el amor de los padres, no tendríamos aquel estatus humano que nos permite defendernos, respetar, incluso intuir una estética. Por eso y sobre todo, mi madre ayudaba siempre que podía a los que sufrían, a los que estaban solos, viejas tías viudas que olían a orines, parientes remotos que sobrevivían desvalidos. Por ejemplo: la hermana del segundo marido de una de sus tías estaba desde hacía tiempo en el manicomio. Solo la visitaba mi madre, cada mes. Fui alguna vez con ella. Se hacía eterno porque no hablaban. Las dos miraban por la ventana de una sala desamparada. Aquella mujer, en realidad, no estaba ya en el manicomio por un brote de demencia, sino porque no tenía adónde ir. De regreso a casa, mi madre lo contaba. Para mí es una escena inolvidable: mi padre leía la prensa o alguna biografía, y cuando mi madre le contaba algo, levantaba la vista, escuchaba hasta que acababa y después, sin hacer ningún gesto de rechazo y sin que pudiera interpretarse como indiferencia, volvía a la lectura. En concreto las visitas al manicomio angustiaban a mi madre. Un día, aquella pariente remota le dijo que la dejarían salir si alguien se encargaba de ella, y que quería hacerlo para no morir en el manicomio. Volvamos a la escena: mi madre entra en la sala, mi padre baja el libro que está leyendo y la escucha. Ella le explica la situación. Tantea la posibilidad de

001M-2361.indd 18 16/05/12 14:32

que la pariente vaya a vivir a casa. Dice: «He pensado, Toni, que a lo mejor...». Sabe que es del todo imposible: entonces ya vivíamos en la calle Rubí, con el abuelo Mas, y teníamos alojado *in aeternum* al tío Pep Mas Reus, que hacía un montón de meses que buscaba una «pensión de confianza, casera». No cabía nadie más. Mi padre no dijo nada. Quizás ahora me imagino que la escena duró más que de costumbre. Al final, mi madre calló, muy triste. Mi padre volvió a su libro, yo diría que más cabizbajo que otras veces. Se querían mucho.

Nieva en Mallorca. Alegría infantil, como cuando hay niebla por la noche y oigo desde la cama las sirenas del puerto. Copos de nieve en Palma. Nieva mucho en cada pueblo.

Frontera del amor carnal: mantener el tabú de la escatología femenina o traspasar el umbral, una noche loca, en una bañera cualquiera.

Ellas rebuscan en el bolso un mechero que no se enciende, horquillas para el pelo, un peine, una agenda en la que no se atienen nunca al orden alfabético. Levantan la mirada, vuelven a vernos y somos esto, una caja de cerillas, un pendiente sin pareja, una lima para las uñas.

Solo el arte del buen *causeur* compensaría las fatigas de oír a quienes hablan y hablan y no hacen nada.

Me pidió que leyera su novela inédita y, como no le dije que era ilegible, ahora que está publicada casi exige que le escriba la crítica. La culpa, claro, es mía, pero no

podía prever que alguien se la publicara, ni que no supiera interpretar mi falta de fervor.

El Gobierno israelí ha explicado cómo ha ido llevando a Israel, en cuestión de años, a más de diez mil judíos de Etiopía. ¡Qué historia de un nuevo éxodo! Ya es coincidencia que esté escribiendo un artículo sobre la traducción catalana de Saint-John Perse, el poema de las grandes migraciones y los exilios. Rescatada del hambre de Etiopía, toda la tribu judía negra ha volado a París, y de París a Roma o Basilea hasta Tel Aviv.

Tenemos ataques de locuacidad, como una tribu en la que todo el mundo se pusiera a hablar y hablar, sin mucho que decirse. Es igual que caer en un abismo, saber que alguien puede escucharte, charlatán, tan indiscreto de ti mismo sin freno. La causa puede ser el insomnio, beber demasiado, un exceso gregario, cualquier patología del lenguaje. Todo hace que no hablemos para decir lo que pensamos o para ocultarlo, sino para decir y decir. Detalles, piezas íntimas, digresiones incómodas. No sé si es un indicio de decrepitud o un mal de juventud última.

El azar hace que, ahora que se acababa el dinero que heredé de mi madre, los ingresos por los artículos periodísticos aumenten. Buena proposición económica para volver al *Diario de Mallorca* y artículos para la revista valenciana *El Temps*. Las herencias de clase media son a corto plazo, como un remedio transitorio. En mi caso la he utilizado como una beca para escribir tanto como he querido y que recibí sin esperarla, aunque buena

parte ha ido a parar a las casas Justerini & Brooks, Ballantine's, etc., y a algunas *maisons* dispensadoras de fornicación y masaje, todo incluido. Tener mejores ingresos como colaborador de prensa apuntala la autoestima y reafirma la fascinación infantil que tuve por el periodismo. Desde pequeño, las imprentas, los diarios, la letra impresa: Gutenberg. Letra impresa incluso antes que la literatura, si no lo recuerdo mal. Mi padre conocía a algunos periodistas de la prensa de Palma y a la hora de comer nos contaba anécdotas o comentaba sus escritos. Entonces la gran figura era Gafim, seudónimo de Gabriel Fuster Mayans, amigo de juventud de Llorenç Villalonga y autor de un libro delicioso publicado por Les illes d'Or, *Tres viatges en calma per l'illa de la calma*. Gafim tenía una sección diaria en el *Baleares*, el diario más leído de la época, prensa del Movimiento. Tenía muchos lectores. La sección se llamaba «Tertulia en la Plaza Mayor» y solía escribirla en forma de diálogo. Gafim intercalaba frases y expresiones en mallorquín, y era un experto en perlas del «castellorquín», la mezcla a menudo cómica de ambas lenguas. Las ilustraciones eran del dibujante Pere Sureda. Aquel era, en los años cincuenta, un punto de humor y desparpajo. Nada de política, solo la municipal, claro. Uno de los grandes temas solía ser la ausencia de urinarios públicos. Crítica benévola de costumbres, anécdotas palmesanas. Para mi padre, conocer a Gafim era como conocer a alguien que tuviera entrada en el salón de Madame Verdurin. También contaba anécdotas de la redacción de la revista mensual *Cort*, hecha en la imprenta Cort de la calle Troncoso. *Cort* era una publicación insustancial, entre la crónica social y el localismo neutro, pero cada día,

001M-2361.indd 21 16/05/12 14:32

cuando pasaba por la calle Troncoso de camino al colegio, observaba reverencialmente una camioneta que descargaba rollos de papel y oía como una música placentera el tictac, volumen bajo, de los linotipos. En casa leíamos el *Baleares* hasta que el prestigio del *Diario de Mallorca* se fue imponiendo en virtud de la evolución política de los años sesenta. El abuelo aún lo llamaba *La Almudaina* porque el *Diario de Mallorca* provenía de una fusión de *La Almudaina* y el *Correo de Mallorca*. Mi padre también era suscriptor de *La Vanguardia*, que llegaba los mediodías y luego, cada semana, me mandaba al quiosco a comprar la revista *Destino*. Tiempo después, publicaría artículos en el *Baleares* y el *Diario de Mallorca*, pero mi padre ya había muerto. También conocí a Gaspar Sabater, el exdirector de *Cort*, una figura local, un trozo de pan que había publicado muchos libros, uno de los cuales sobre el notable historiador Josep Maria Quadrado, subtitulado «el polígrafo balear», y por eso la Palma maligna le llamaba Gaspar Sabater, «el bolígrafo balear». En la calle, Sabater argumentaba de modo contundente y blandía el bastón como debía hacer Quadrado en sus buenos tiempos apologéticos. Cuando entraba en una reunión, Sabater recomendaba que se abrieran las ventanas porque si no, en breve todo olería demasiado a cerebro, el suyo. Gafim pretendía una figura elegante, llevaba gafas de media luna e iba por la calle con las manos a la espalda, mirando a media distancia, con aire de prohombre enfadado. De joven había sido muy deportista y amigo del poeta Rosselló-Pòrcel. Dios sabe cuánta cantidad de pequeña felicidad puso al alcance de todos los lectores de «Tertulia en la Plaza Mayor».

001M-2361.indd 22 16/05/12 14:32